



**“ESPERANZA Y SOLIDARIDAD
CON LAS VÍCTIMAS” (35-40)**

**SALVADOS EN LA ESPERANZA.
COMENTARIOS A LA ENCÍCLICA DE BENEDICTO XVI SPE SALVI**

**ÁNGEL GALINDO GARCÍA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA.**

Salamanca, 2008

1. Introducción

Tomamos como punto de partida el recuerdo de que la existencia del sufrimiento es una realidad constatable cada día en la pluralidad de dimensiones de la existencia humana¹. Asimismo, observamos que el hombre se enfrenta cada día al mal y al sufrimiento natural, humano y moral². En el horizonte de esta visión aparece, como penumbra necesitada de luz, la existencia de la muerte, de la enfermedad y del dolor. Como afirma El Concilio Vaticano II, “El enigma de la condición humana se agudiza ante la muerte. El hombre es atormentado no sólo por el dolor y con la progresiva disolución del cuerpo, sino también, e incluso más, con el temor de la extinción para siempre. Rectamente juzga con el instinto de su corazón cuando tiene horror y deshecha la total ruina y definitivo fin de su persona” (GS 18).

Son varias las actitudes iniciales que tenemos en cuenta para ir desbrozando poco a poco la razón de nuestra reflexión sobre el problema de sufrimiento a partir de la encíclica *Spe Salvi* en el horizonte de la existencia del sufrimiento y de la solidaridad con las víctimas que lo padecen. Enumeramos algunos presupuestos introductorios:

1º. Ante la constatación de la realidad del sufrimiento es necesario buscar y ver su sentido al igual que en otras dimensiones de la existencia humana (SS 35).

2º. Creemos que el sufrimiento y la actitud ante él pertenecen al campo de la trascendencia del hombre. Es uno de esos puntos de la vida humana en los que se está llamado a superarse y a no permanecer en él (SS 37).

3º. La ciencia da soluciones a algunas dimensiones del sufrimiento, v.gr. el dolor. Pero no ha alcanzado la dimensión última, ya que a esta cuestión el hombre se puede acercar desde el ámbito teologal.

4º. La técnica alcanza a la superficie del sufrimiento, pero no llega más allá ni profundiza en él. A veces no acierta a unir a quienes sufren con quienes consuela, al paciente con el que cura. ¿La familia, la sociedad y el entorno vital del que sufre qué lugar ocupan en su curación y en los proyectos solidarios? (SS 38).

5º. El sufrimiento, directa o indirectamente, parece ser casi inseparable de la existencia terrena (SS 35). Nosotros con esta reflexión desde la teología queremos encontrarnos con los hombres, como víctimas, en el estado del sufrimiento.

6º. La estructura social o la sociedad como estructura está dando respuestas burocráticas a esta situación ¿Acaso se dan respuestas participativas y humanas en las que los hombres fomenten las relaciones interpersonales y se llegue al fondo del problema? ¿cuáles son? ¿No es verdad que la sociedad actual está alejando a los ciudadanos de todo aquello que simbolice dolor, muerte, miseria, aunque/porque ella misma es la causante de estos fenómenos?

¹ Cf. Juan Pablo II, *Carta apostólica ‘Salvifici doloris’* 5; Benedicto XVI SS, 36.

² J.R. Busto “Cuando el dolor pone a prueba la fe”, en *Sal Terrae* (1984) pp. 615-626; M. Flich-Z. Alszeghy, *Il mistero della croce*, Brescia 1978; H. Haag, *El problema del mal*, Barcelona 1981; D. Sölle, *Sufrimiento*, Salamanca 1978; A. Torres Queiruga, *Recuperar la Salvación*, Madrid 1979. Puede añadirse la reflexión clásica en torno a los escritos de J.P Sastre, A. Camus, G. Bernanos, etc.

7º. En definitiva ¿cual es la aportación cristiana al enigma del sufrimiento? ¿Cuál es el compromiso de los cristianos ante el dolor y el sufrimiento?³ ¿Dónde, según la encíclica *Spe Salvi*, se refleja la solidaridad con las víctimas?

Nuestro trabajo quiere estar abierto a una comprensión interdisciplinar. Están presentes ciencias como la medicina, la sociología, la política participativa, la filosofía y la teología. En este caso la Sagrada Escritura, la Cristología, la Teología de la Cruz y la Teología práctica es el marco de reflexión. El horizonte concreto de estudio está en la encíclica *Spe Salvi* en la relación existente entre esperanza y solidaridad con las víctimas ya que una reflexión sobre el sufrimiento y el problema del mal superaría el marco de nuestra aportación a este comentario⁴.

La reflexión teológica acerca del problema del sufrimiento busca una/la respuesta a la pregunta sobre el “por qué” de su presencia en el hombre. Esta pregunta es una expresión de otra más esencial, estudiada en la teología y en la filosofía, el por qué de la existencia del mal. La dificultad para encontrar una solución definitiva no impide el compromiso en pro de las “soluciones” que nacen de la ayuda samaritana y de la búsqueda del sentido⁵ como aparece en esta encíclica de Benedicto XVI. Jesús de Nazaret y la comunidad de sus seguidores muestran el valor de la respuesta radical, individual y asociada, al enigma del dolor.

2. La esperanza y su relación con la acción y con el don de Dios (SS.35).

Benedicto XVI, al hablar del sufrimiento como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza, comienza analizando el valor de la acción. La esperanza tiene relación con la acción: la actuación es esperanza en acto tanto para solucionar un cometido o tarea como para colaborar con nuestro esfuerzo a construir el futuro.

³ Cf Juan Pablo II, Carta *Salvifici Doloris*. Encontramos aquí una sencilla y profunda reflexión sobre la actitud de Jesús y de su enseñanza ante el dolor: el mundo del sufrimiento humano; a la búsqueda de una respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento; Jesucristo: el sufrimiento vencido por el amor; partícipes en los sufrimientos de Cristo; el evangelio del sufrimiento; el buen samaritano.

⁴ El lector puede acercarse a algunas de las lecturas que hemos tenido presente en la elaboración de este trabajo: AA.VV., *El dolor*, Madrid 1992; S. del Cura Elena, “El sufrimiento de Dios en el trasfondo de la pregunta por el mal. Planteamientos teológicos actuales”, en *Revista española de Teología* 1991; A. de la Fuente Adánez, “Job y el siervo de Yahvé: dos interpretaciones del sufrimiento”, en *Revista española de Teología* 51 (1991); E. Dussel, *Ética de la Liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*, Madrid 1998; V. F. Frankl, *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*, Barcelona 1987; A. Galindo García, “La recuperación del sentido desde el problema del mal y desde la vulnerabilidad de Dios”, en AA.VV. *Coram Deo. Memorial*, Salamanca 1997 pp. 111-126; M. Horkheimer – T.W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid 1994; P. Lain Entralgo, *Antropología de la esperanza*, Barcelona 1978. Id. *La espera y la esperanza: historia y teoría del esperar humano*, Madrid 1985; J. Maritain, *Y Dios permite el mal*, Guadarrama, Madrid 1967; J.M. McDermott, *The Bible on Human Suffering*, United Kingdom 1990; L. Negri, “Consideraciones sobre *Salvifici doloris*. La redención del hombre, implica la redención del dolor”, en *Commúnio* (2001); Juan Pablo II, Carta apostólica *Sentido cristiano del Sufrimiento Humano*, Roma 1984; J.L. Ruiz de la Peña, “Dios Padre y el dolor de los Hijos”, en *Staurus* Madrid 1999; J. Sobrino, *La fe en Jesucristo ensayo desde las víctimas*, San Salvador 1999.; G. Gutiérrez. *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*, Salamanca 1986.

⁵ A. Galindo García, “La recuperación del sentido desde el problema del mal y desde la vulnerabilidad de Dios”, en AA.VV., *Coram Deo. Memorial Prof. Dr Juan Luís Ruiz de la Peña*, Salamanca 1997, pp. 111-126.

Pero, para que la esperanza no se convierta en fanatismo o en cansancio es preciso que esté iluminada por la luz de una esperanza grande que no puede ser destruida. “Es importante sin embargo saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo”(SS.35). Nos referimos al fin último, cumbre de la esperanza que se hace presente en cada acción esperanzadora

Se trata de la relación entre esperanza y certeza. Esta relación no nos la consiguen nuestras fuerzas sino la esperanza en el amor de Dios. “Así por un lado de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y presenta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios” (SS. 35). Si no estamos ciertos de la existencia de la meta, no correremos en la carrera. Esa certeza es resultado de la fe y de la razón. Fe y razón se complementan purificándose mutuamente (DCE 28).

Quizás tenga razón G. Vattimo al afirmar que “el actuar y el sufrir son ejercicios de esperanza, y de esperanza compartida, puesto que el cristiano sufre con el prójimo y no se siente nunca solo”⁶, pero, aunque este autor diga que el Papa pone el acento más en el sufrir que en el actuar, nuestra interpretación del texto confirma que el sufrir puede afrontarse si se trata de una actuación seria y recta ya que la lucha por salir del sufrimiento es esperanza en acto: “colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano y se abren así las puertas hacia el futuro” (SS 35).

Desde este contexto el documento papal pone de manifiesto que el origen antropológico y científico del sufrimiento y la palabra de la Sagrada Escritura (SS 4-9) sobre el mismo son la antesala racional y teologal de la búsqueda de la solidaridad con las víctimas y del compromiso cristiano en favor del enfermo y en la lucha por erradicar el dolor. No olvidamos que la esperanza en superar y asumir el sufrimiento tiene que ver tanto con la acción, la lucha y el esfuerzo como con la certeza de que al final la felicidad es un don de Dios.

Por esto, en este apartado fijamos nuestra atención en la razón de ser de la solidaridad con los sufrientes en cuanto acción para descubrir cuál es y cómo deben ser la tarea y la labor que los seres humanos hemos de realizar en favor de los que sufren. Si no estuviéremos seguros de poder aliviar a quienes sufren, nuestra actitud sería pasiva⁷.

Ante la objeción Nietzschiana al cristianismo (principalmente a la Iglesia católica) considerada como negación de los valores humanos, el cristianismo se presenta con una postura activa en acción que anima críticamente a los sufrientes frente al dolor y con la certeza en las promesas divinas.

Por una parte, la espiritualidad cristiana relaciona el dolor con verdades fundamentales de la fe: creación del hombre y Redención por Cristo en la Cruz. En el cristiano, la lucha en contra del dolor es una batalla en contra del mal. Por ello, el cristiano descubre en las situaciones que causan dolor una posibilidad, ascética y espiritual, de compartir el sufrimiento del Cristo crucificado y de identificarse místicamente con él.

⁶ Cf. G. Vattimo, *Consideraciones sobre la esperanza*, en *El Mundo*, 12 de enero 2008, pp. 4-5.

⁷ I. de Finance, *Ensayo sobre el amor humano*, Madrid 1966.

Aunque el mal es visto en relación con el pecado y con la culpa, es considerado sin embargo más como medio de expiación y de perfeccionamiento que como castigo y depresión neurótica.

Por otra parte, en el **plano de la acción**, la actitud cristiana para con el sufriente es caracterizado por el amor, “sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar” (SS 35). Se manifiesta en la imagen del comportamiento real del cristiano: No se desprecia de forma espartana a los que sufren sino que se les honra. El cristianismo siempre ha valorado positivamente la ciencia a aquellos que luchan a favor de los sufrientes. La oración de la Iglesia por los que sufren y la oración personal ocupa un lugar muy importante en la liturgia y en la celebración y como ejercicio del esfuerzo esperanzador (Cf. SS 32 y 34). Incluso la Iglesia tiene varios sacramentos en los que aprende a vivir la experiencia del dolor (Unción, Penitencia, Eucaristía). La encíclica nos ofrece el testimonio de Nguyen Van Thuan: “Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de soledad” (SS 32).

La Iglesia sabe que “cuando acoge con amor y con generosidad cualquier vida humana, especialmente si ésta es débil o está enferma, vive un momento fundamental de su misión” (*Christi fideles Laici* 38). El Papa Juan Pablo II se inspira asimismo en su carta *Redemptoris Missio* 78 donde aparece el valor salvífico del dolor al afirmar que “el valor salvífico de todo sufrimiento, aceptado y ofrecido a Dios con amor, deriva del sacrificio de Cristo, que llama a los miembros de su Cuerpo místico a unirse a sus padecimientos y completarlos en la propia carne (cf. Col 1,24)”.

Esto nos puede ayudar a encontrarnos con el alma de la Iglesia que quiere comprometerse en favor del que sufre. Se trata de sensibilizar al Pueblo de Dios y a las múltiples instituciones sanitarias católicas y a la sociedad civil, en la necesidad de asegurar la mejor asistencia a los sufrientes; de ayudar a quien se encuentra en situación de dolor a valorar humana y sobrenaturalmente al sufrimiento; de implicar en la pastoral en favor de los débiles de forma especial a las Diócesis, las comunidades cristianas, las familias religiosas; de favorecer el valioso desarrollo del voluntariado; de recordar la importancia de la formación espiritual y moral de los agentes pastorales comprometidos y de hacer que se comprenda mejor la importancia de la asistencia humanitaria a los débiles por parte de los responsables de las comunidades cristianas y de las entidades políticas y sociales.

3. El sentido del sufrimiento y del dolor⁸.

La solución del problema del sufrimiento es una tarea profundamente humana, ya que la cuestión del dolor es tan vasta como la misma historia del hombre. Es un tema profundamente humano pues no hay hombre que no haya sido tocado directa o

⁸ A. Galindo García, *La recuperación... o.c.*, pp. 110-126. La cuestión del sentido del dolor y del sufrimiento ha sido estudiado de forma interdisciplinar: Cf. AA.VV., *Nuevas antropologías del siglo XX*, Salamanca 1994; J. Alfaro, “La cuestión del sentido y el sentido de la cuestión”, en *Gregorianum* (1985) pp. 387-403; J.L. Ruíz de la Peña, *El último sentido*, Madrid 1980.

indirectamente por el dolor. Por esto, nos preguntaremos en este apartado acerca de la respuesta de sentido que hoy se da frente al dolor, sobre el sentido cristiano del dolor y sobre las fronteras de la lucha contra el dolor desde el plano moral: la realidad existencial del sufriente es muy diversa (jóvenes, adultos, niños), los ambientes son diversos (regiones, epidemias), diferentes son los tipos de dolor (guerra, delincuencia, violencia de todo tipo), y existe una sociedad doliente.

El choque con la propia debilidad y con el dolor pone en funcionamiento un movimiento en el que se hace una nueva lectura del mundo, conscientes de que se ponen en peligro dos dimensiones de la vida:

* El dolor como violación de la propia integridad. Esta pérdida de integridad se vive a veces sacrificando la parte por el todo; en ocasiones con incertidumbre respecto al futuro; otras veces se siente más a nivel social que personal (un acabamiento psicológico del propio estrato social con sentimientos de abandono y soledad) como el Papa dice con las dolencias psíquicas (SS 36).

* El dolor afecta a la identidad personal. Antes de la aparición del dolor, la identidad personal esta ligada al trabajo y a la función social y familiar. El dolor priva de esas funciones. Como consecuencia se pierde la independencia y la conexión y asimismo el dolor afecta a la identidad teológica para aquellos que piensan que un Dios bueno no debería permitir el mal. Por ello, veremos ahora la necesidad de dar sentido al dolor y el sentido cristiano del sufrimiento.

3.1. *Dar sentido al dolor, hoy*⁹.

Comenzamos afirmando que no es sólo hoy, con la absolutización de la ciencia, cuando se intenta dar una respuesta válida al problema del dolor. Al contrario, hay que reconocer que algunas causas del dolor están aumentando con el progreso de la sociedad: es esta la otra cara del progreso (Cf. SS 20). Es verdad que muchas causas de los sufrimientos han desaparecido con el progreso. Pero también es cierto que las causas “voluntarias” del dolor han aumentado: v.gr. la guerra, los nuevos escenarios de violencia. También es verdad que la guerra existía en las sociedades primitivas, pero su poder destructivo era limitado; sin embargo hoy es ilimitado: las dos últimas guerras mundiales no han tenido igual en toda la historia. Por ello, Benedicto XVI denuncia en la encíclica la ‘cultura del progreso’ y el error del planteamiento marxista que están en la raíz de las grandes calamidades del siglo XX, ‘dejando tras de sí una distinción desoladora’ (SS 21).

En la cuarta era del mundo (tecnológica, espacial, atómica) existe la posibilidad de autodestruirse y de no conocer “el día después”. Ha aumentado una especie de incremento de nuevas formas de sufrimiento: se piensa en la victoria sobre algunas y el incremento de otras: las enfermedades inmunodepresivas etc. Por ello, el Papa habla de la atención a las enfermedades psíquicas, pues estas dolencias hacen que vaya creciendo la sensibilidad ante el dolor (Cf SS 36).

Pero surge asimismo una segunda sensibilidad que tiene su origen en la mentalidad hedonista propia de las culturas industrializadas: la búsqueda del placer hace que se luche

⁹ Juan Pablo II, *SD* 9

con la aceptación del dolor aumentando la mentalidad obsesiva frente al dolor. Surge aquí una especie de mecanismo de defensa, lo mismo que se tiende a ocultar la muerte y sus signos así se busca ocultar el dolor dejando la reflexión para los médicos y especialistas y llegando en algunos casos como en la eutanasia a dejarlo todo en manos de los médicos encargados de dar u ofrecer al sufriente-enfermo la “muerte piadosa”.

Sobre esto es significativo recordar el “Manifiesto sobre la Eutanasia” publicado en 1974 por cuarenta personalidades del mundo de la ciencia y de la cultura entre los que se encuentran los premios ‘Nobel’ J. Monod, L. Pauling y G. Thompson. El texto adolece de la mínima creencia en la capacidad de la persona de asumir el sufrimiento y le concede una capacidad de decisión y autonomía personal muy dudosa en momentos en los que la libertad de decisión está cuestionada¹⁰:

“Afirmamos que es inmoral tolerar, aceptar e imponer el sufrimiento. Creemos en el valor y en la dignidad del individuo; esto implica que se le trate con respeto y se le deje libre para decidir razonablemente su propia muerte... En otras palabras se necesita poner el medio de morir dulcemente, fácilmente a cuantos están afligidos por un mal incurable o por lesiones irremediables, en el último estadio. Es cruel y bárbaro exigir que una persona se le mantenga en vida contra su voluntad y se le rechace su deseada liberación cuando su vida ha perdido dignidad, belleza, significado y perspectiva de futuro. El sufrimiento inútil es un mal que debería ser evitado en las sociedades civilizadas”¹¹.

Sin entrar en el análisis de las cuestiones concretas que están tras de esta propuesta como son la eutanasia y el suicidio como medio de liberación, subrayamos que la cultura que se deduce de este manifiesto de tipo nihilista carece de coraje moral de orden trascendente y sin capacidad de aceptación del dolor definiendo como inútil todo aquello que no tenga la certeza de la curación u optando por el camino cómodo y des-comprometido de llegar a preferir la supresión del sufrimiento que nace de la pobreza eliminando a los pobres. Por ello, siguiendo la enseñanza de *Spe Salvi*, entramos brevemente en una reflexión en torno a la cultura del nihilismo, extendida en occidente desde hace más de 150 años, que apoya y favorece una visión negativa del dolor y como consecuencia de solidaridad con las víctimas.

Entendemos por nihilismo como aquella actitud filosófico teórica, con tendencia práctica y vivencial, por la que se retiene que no existe nada trascendente y absoluto: es la negación del ser como valor fundante de todas las realidades individuales, la negación del Ser Trascendente como origen y fin de todos los seres, la negación del valor objetivo de la conciencia y de la posibilidad de afirmar la verdad y la negación de la objetividad de los valores morales. Sin embargo, “La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana” (SS 38).

¿Por qué el nihilismo hace perder el sentido del dolor? la razón es sencilla: para captar el sentido del dolor es necesario estar seguro de que cualquier cosa existe más allá del

¹⁰ Cf. A. Galindo García “Consentement éclairé”, en Pontificio Consejo para la familia, *Lexique des termes ambigus et controversés sur la famille, la vie et les questions éthiques*, Ed Pierre TÉQUI, Paris 2005, pp. 147-159.

¹¹ Civiltà Cattolica, *Editorial*, 19 de Noviembre 1983, pp. 313-314.

dolor mismo, como valor absoluto que relativiza el dolor. Si la vida no tiene consistencia ontológica ¿que sentido tiene el dolor en la vida? Para descubrir el sentido del dolor es preciso tener la certeza y la esperanza en su solución y mirar al final o la meta.

En la sociedad contemporánea se podrá salir de este nihilismo si existe esperanza. Pero se podrá seguir un camino si existe la certeza de una meta. Sin meta, no hay camino. La peste del nihilismo es la peor desgracia que puede sobrevenir a la humanidad por su negación de las certezas. Donde no hay certeza y verdad por una vida llena de ser y de amor, se instaura la psicología del suicidio y se prepara la destrucción del espíritu.”El individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza”

3.2. *Hacia una teología cristiana del sentido del dolor.*

Dice Simone Weil que “el cristianismo no explica el sufrimiento, lo usa”¹². El sufrimiento contribuye a sacar recursos interiores como el coraje, la perseverancia y hacer madurar otros valores como la tolerancia y la oración. El mérito del cristiano de hoy y del futuro no estará en sus posibilidades competitivas y cuantitativas en el marco social cuanto en la capacidad cultural de dar sentido al hombre, la primera de todas las realidades, y a sus dolencias¹³; es la capacidad de dar sentido al dolor humano (SS 37): saber responder al problema del dolor y de la muerte es el reto del cristiano de hoy y del mañana.

En primer lugar, esta tarea tiene dos fuentes y referencias prácticas: cómo dar sentido al dolor inevitable y cómo combatir y aliviar el dolor destructible de forma solidaria. Comprender el sentido, como primera tarea, es comprender el origen del mismo y comprender la posibilidad de darle un valor. Por ello, nos acercamos ahora a intuir algunas propuestas para seguir haciendo una teología del sentido del dolor.

Estas tareas han de responder a la pregunta ya histórica ¿por qué el dolor en el mundo? Esta respuesta se dará no sólo a la identificación mal-pecado, sino que se tiene en cuenta el dolor “inocente”, aquel que proviene de la situación connatural del hombre y aquel que tiene su origen en la culpabilidad humana. Por ello, el Papa insiste en la necesidad de impedir el sufrimiento de los inocentes (SS 36) como anticipo solidario de la solidaridad con las víctimas. Aún sabiendo que el sufrimiento no se puede extirpar por completo de este mundo, “esto sólo podría hacerlo Dios y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella” (SS 36).

La cultura laica no tiene respuesta antropológicamente válida a esta pregunta. Sus presupuestos son iluministas: el concepto de la radical bondad del hombre coloca al ser humano lejos del problema porque apaga la sensibilidad solidaria con la profundidad pecadora del ser humano, como hizo Jesús de Nazaret. Por esta vía no se explica ni el mal moral ni el mal físico. Asimismo, hay un presupuesto de racionalidad científica: que considera al indefinido progreso humano, o la cultura del progreso, como la llama Benedicto XVI, como la fuente y la fuerza para su liberación total. Se tratará de encontrar una organización científica de la sociedad, de las instituciones y de la economía para dirigir la libertad del hombre.

¹² Cf. S. Weil, *El conocimiento sobrenatural*, Madrid 2003.

¹³ V.. Frankl, *La pregunta por el sentido*, Barcelona.

Sin embargo, en segundo lugar, si el sufrimiento no tiene su origen último ni exclusivo fuera del hombre, es necesario volver a la explicación bíblica y cristiana según la cual el mal natural nace del hombre y dentro del mismo y se manifiesta en la sociedad en cuanto es la expresión primera del hombre. Por ello, Benedicto XVI invoca la colaboración del cristianismo para salir de esta crisis, ya que la fuerza del camino de Cristo ayuda a encarnarse en las raíces y en el origen real del sufrimiento (Cf. SS. 39).

La teología católica afirma que una respuesta de tipo filosófico y científico es necesaria pero no es suficiente (SS 37). Agustín, Anselmo, Tomás de Aquino afirman que el mal físico es carencia del ser (carentia entis). Esto quiere decir que no tiene una realidad “per se” existente (como una planta...) sino que existe en una carencia, en una negación de la vida. Lo que realmente existe es la vida. El mal es una carencia.

Aquí aparece una primera constatación optimista: el dolor pasa, y la vida permanece. Metafísicamente hablando y siguiendo a K.Barth¹⁴ el mal es “la zona de sombras” que acompaña a la criatura y que incluye lágrimas, daños, dolores y muerte. Pero la revelación cristiana afirma que el Creador había tratado con privilegio a la criatura humana y con su bendición había suprimido las zonas de dolor y de sufrimiento. La narración del Génesis pone en claro la armonía existente en el hombre en el alba de la creación con el fruto de la bendición divina.

Asimismo, la revelación afirma que el origen subjetivo del mal moral y de sus consecuencias no es sólo el límite creaturable del hombre y de su ruptura culpable con la comunión con Dios, sino también de la subjetividad demoníaca que ha invitado al hombre a producir esta ruptura y seguir esta orientación negativa.

Asimismo, en tercer lugar, el discurso sobre el origen del mal y del sufrimiento humano es uno de los puntos focales de la antropología cristiana. Sin esto no comprenderíamos el discurso evangélico y cristológico de la liberación total del mal. Así nos lo presenta el Concilio Vaticano II: “Mientras toda imaginación fracasa ante la muerte, la Iglesia, aleccionada por la revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrestre. La fe cristiana enseña que la muerte corporal, que entró en la historia a consecuencia del pecado, será vencida, cuando el omnipotente y misericordioso Salvador restituya al hombre en el estado de salvación perdida por el pecado”(GS 18).

Resumiendo esta aproximación al sentido cristiano del dolor, se puede decir que dar sentido al dolor significa sobre todo clarificar el problema del origen. A ello, la Biblia responde con la conexión y unidad Creador-creatura y con la conexión-relación pecado-dolor.

Pero la teología no se queda ahí. Da algunos pasos más buscando el posible valor del dolor. Lo encontramos especialmente en obras de espiritualidad. El dolor en sí es sufrimiento, índice y efecto de una carencia, hijo del mal. En este sentido no tiene valor positivo. El valor positivo está en la superación del dolor y lo tiene la redención que el amor imparte en la presencia/s del dolor. Se trata del sufrimiento compartido como hizo Jesús de Nazaret: “en efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su

¹⁴ Cf. K. Barth, *Ensayos teológicos*, Barcelona 1978.

sufrimiento, de modo que este llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor” (SS 38)

Por otra parte, la Biblia nos ofrece un sentido pedagógico del dolor. En el deuteronomista se subraya este carácter pedagógico afirmando que el sufrimiento es como la llamada de Dios hecho en forma de castigo ante la ruptura de la alianza por parte del pueblo y de cada individuo.

En este contexto descubrimos en la Biblia el sentido de prueba de este castigo pedagógico. El dolor es una prueba para el justo más que un simple castigo por sus culpas. Es el gran drama de Job. La prueba consiste en el hecho en el que el inocente se siente cargado del dolor a pesar de la inocencia y es tentado a atribuir a Dios la responsabilidad de lo que le sucede. Por ello, la prueba se supera únicamente por la sucesiva intervención de Dios¹⁵. La esperanza es un don de Dios como decíamos más arriba: “nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que ‘quita el pecado del mundo’ (Jn 1,29) está presente en el mundo” (SS.36).

Por otro lado, otro tipo de sufrimiento es el llamado “dolor vicario”(redentor) como el de Moisés. Elías, Oseas, Jeremías. Se trata de un sufrimiento redentor que será explicitado profundamente en Cristo. Estamos ante el sentido redentor del dolor (Cf SS 36). Aquí nos encontramos con la profundidad del dolor en la que Dios mismo en la persona de Cristo se ha hecho sufrimiento y ha venido a compartir nuestros sufrimientos. Así y en el marco del Misterio Pascual, el dolor con la experiencia de Cristo aparece como un valor. Estamos ante el sentido salvífico del sufrimiento¹⁶. O el que aparece en las renunciaciones por amor de los grandes testigos de la historia: “También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y al amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma” (SS 8).

Por lo tanto, se han de tener en cuenta la búsqueda del sentido del dolor para luchar en contra del sentido del “dolor vacío”. No se ha de olvidar la lucha contra las causas voluntarias del dolor humano, la evangelización del dolor de los sufrientes y la tarea de ofrecer en las instituciones y comunidades cristianas ejemplos de preocupación por el mundo de dolor, como veremos más tarde.

4. Origen del Sufrimiento como mal (SS 36) y solidaridad con las víctimas

“El sufrimiento forma parte de la existencia humana”. ¿Cuál es el origen del sufrimiento?: El sufrimiento procede de nuestra finitud, de las culpas acumuladas en la historia y de las culpas del presente. Ante la crítica que los ateísmos han hecho de la religión y del cristianismo decimos que no puede haber un Dios que permite los sufrimientos, el Papa afirma que hay que contestar a este dios precisamente desde la moral. Según esto, pensar que como no hay un Dios que crea justicia “ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia”, tal pretensión de que la humanidad

¹⁵ Cf. Juan Pablo II, SD 6.

¹⁶ Id. 1.

pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrínsecamente falsa” (SS 42). La respuesta del Papa se hace desde el pensamiento de la escuela de Francfort.

Por una parte, en el origen del sufrimiento encontramos la prevalencia del reino del más fuerte ya que “la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira” (SS 38).

Buscando el origen del sufrimiento Benedicto XVI lo encuentra fuera de Dios pues “un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno” (SS 42). Las crueldades de los dos últimos siglos no puede ser obra de Dios. El origen está en un mundo que quiere crear su justicia por sí mismo y en un mundo sin esperanza. Por ello, gran parte del sufrimiento actual hay que buscarlo en la falsa interpretación de la historia surgida a partir de la Ilustración.

4.1. Algunas posturas ante el sufrimiento como un mal.

Lo primero que se ha de plantear en cuanto al origen es el sufrimiento como mal ¿cuál es el origen del mal? En la Escritura Sagrada podemos leer: “Quien pecó, éste o sus padres?” “Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos entregado”. Estos dos textos bíblicos expresan que el origen de los males físicos y sociales como tales que traen consigo sufrimientos está en el hombre libre y en la sociedad. Aunque ha sido resultado de grandes estudios, veamos brevemente cómo algunos autores modernos sitúan el origen del sufrimiento¹⁷.

Hoy usando una expresión Kierkegaardiana “el mal moral” no está sólo en la mala organización de la sociedad. Hay algo más profundo que afecta al concepto de persona, al faltar una cultura que nos acerque al sentido y significado de la misma: desde el campo psicológico se habla del hombre como aquel ser con personalidad psicológica. En este sentido, la persona se identifica como un “personaje” o un individuo. El holocausto alemán, las legislaciones sobre el aborto, los abortos practicados han banalizado el concepto de persona situándolo en el precipicio de la nada al considerarlo como individuo objeto de consumo.

Desde Hegel ha dominado una cultura del imanentismo filosófico para quien no existe en el hombre un centro del ser, una autonomía unitaria, libre y responsable. Existe sin embargo la Idea del guía-Estado, ser impersonal, o la fuerza de la “raza”, o la economía de clases, ‘el dominio del más fuerte’ o el sin-sentido de Sartre. En esta cultura falta una consideración ontológica de la persona humana y del concepto de trascendencia del ser.

Los documentos de Puebla, aún con el peligro de caer en este reduccionismo hegeliano, quieren dar un paso en la búsqueda de la superación de estas visiones psicológicas, economicista, estatalista y científica de la persona. Será Juan Pablo II quien, tanto en los discursos en torno a Puebla y en Iberoamérica, como en la *Redemptor Hominis*

¹⁷ Juan Pablo II, *SD 7*.

tanto en el marco de la Nueva evangelización como de la promoción de los valores reconozca la plena dignidad humana iluminada por la fe y la razón.

Durante las últimas décadas, cuando se intenta hablar del sufrimiento y de cuanto nos lleva a erradicarlo, se unen determinados sectores del mundo de las ciencias del hombre. Nos interesa acercarnos solamente a aquellas posturas que de forma directa o indirectamente están reflejadas en la encíclica *Spe Salvi*:

En primer lugar, nos encontramos con las ciencias empíricas, la psicología o las ciencias sociales. Estas consideran real y digno de consideración sólo lo que puede ser constatado, verificado o falsificado empíricamente. No se preguntan sobre el sufrimiento en sentido metafísico o teológico y no se acercan por tanto al sufrimiento en sus dimensiones más interiores y profundas del ser humano.

En segundo lugar, están las ciencias filosóficas. Tampoco hablan del sufrimiento en su sentido teológico. Si alguna vez hablan de religión y de la fe en Dios no lo hacen en su sentido de “fenómeno constatable” con las funciones y efectos empíricamente estudiados. Por eso, de aquí nacen algunas posturas:

Desde la escuela de Viena, K. Popper¹⁸, con su filosofía analítica, y Albert, con su racionalismo crítico, excluyen del análisis del sufrimiento como mal del hombre la problemática metafísica y teológica. Todo aquello, como la enfermedad, que no pueda ser estudiado con el método de las ciencias exactas es un falso problema.

Por otra parte, el marxismo coloca el sufrimiento monocausalmente en el mundo de lo económico. Cuando el sistema capitalista desaparezca y se instaure la sociedad consumista con el dominio correspondiente de la mano invisible, desaparecerá todo tipo de alienación y de las raíces del sufrimiento y del dolor. Pero como recuerda Benedicto XVI (SS 21) la dictadura del proletariado como fase intermedia ha fracasado y “en lugar de alumbrar un mundo sano, ha dejado tras de sí una destrucción desoladora”. Marx olvidó que el hombre es siempre hombre y que la libertad es siempre libertad incluso para el mal.

Desde otra ladera, la escuela psicoanalítica de S. Freud sitúa el dolor en un ámbito reduccionista. El único sufrimiento que existe es el psíquico. La religión es una de las causas de la enfermedad ya que provoca sentimientos de culpa. Benedicto XVI tendrá en cuenta las dolencias psíquicas como objetivo de actuación solidaria (Cf. SS 36).

Por último, la nueva sociología asigna a la religión y a la teología un papel en el enfrentamiento al sufrimiento. La teología y la religión tienen como tarea dar un sentido al fenómeno del sufrimiento, de la muerte y de la enfermedad de manera que cada ciudadano pueda perder lo que estos males tienen de amenaza para la sociedad.

4.2 Nuestra finitud y las culpas acumuladas ante el grito de los excluidos

El sufrimiento que forma parte de la existencia humana “deriva de nuestra finitud y de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante en el presente” (SS 36). El dolor no nace de la acción creadora de Dios sino que es

¹⁸ Cf H. Marcuse - K. Popper - M. Horkheimer, *A la búsqueda del sentido*, Salamanca 1998.

emanación de la libertad creada: ‘No fue Dios quien hizo la muerte, ni se goza con el exterminio de los vivientes. Pues todo lo creó para que perdurase, y saludables son las criaturas del mundo; no hay en ellas veneno exterminador, ni el imperio del abismo reina sobre la tierra’ (Sab. 11,26).

Las culpas acumuladas se han manifestado de forma especial en el campo económico, cuyo mal e injusto reparto o distribución ha casado tantos males en los dos últimos siglos. En relación con la economía de intercambio, notamos que el hombre tiene necesidad de intercambio e interdependencia. Con el objeto de buscar la equidad y la justicia en las relaciones interhumanas y entre los países resulta necesario el intercambio económico, realizado desde la libertad. Este intercambio favorecerá el movimiento de bienes y servicios que va configurando el comercio internacional por medio del flujo visible o invisible de bienes y servicios entre residentes y no residentes de un país, desembocando en un bienestar que suprima o alivie el sufrimiento.

Este intercambio ha de responder a las aspiraciones de un mayor nivel de bienestar y como oportunidad apreciable de acercamiento de pueblos y culturas. En este intercambio económico, además de la llamada mano invisible se da lo que James Stewart ha llamado “equiparación de valor”, es decir, el que un país tenga que entregar un bien de valor equivalente para su intercambio por otro va a ser el estímulo para salir de la pobreza y caminar hacia la riqueza. Por tanto, este intercambio solidario necesita ser realizado desde la libertad.

Este paso hacia el bienestar y hacia la riqueza pide ir potenciando una cultura del desarrollo auténtico y no de falso progreso. Pero la verdadera cultura del desarrollo ha de provenir de la “fuerza necesaria que nace de convicciones profundas. No hay que tener miedo al futuro”¹⁹. Se deberá, por tanto, recuperar el reconocimiento de la centralidad del hombre y de los valores de la persona frente al dinamismo impersonal de la técnica y de la burocracia. El primado del hombre significa también el privilegio de lo cualitativo sobre lo cuantitativo, del ser sobre el tener, del espíritu sobre las cosas. El intercambio, bien realizado, puede favorecer esta dimensión solidaria del hombre o, como Benedicto XVI afirma, “si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (Cf Ef 3,16; 2 Cor 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo” (SS 22)..

Pero a la vez se impone el descubrimiento del valor de la solidaridad en dimensiones que miran a las generaciones futuras. El discurso ético de los fines nos invita a fijarnos en los medios. Esto habrá que tenerlo en cuenta al tratar de la cultura autóctona en su proceso del desarrollo, sin olvidar los posibles desarrollos torcidos que la misma dinámica del intercambio pueda producir.

La solidaridad con las víctimas supone hoy inculcar la importancia del reconocimiento de los demás, lo que conlleva el respeto a su dignidad y el deseo de romper los niveles de desigualdad, exclusión y segregación que se han marcado en la sociedad occidental. En este sentido, la comunicación de bienes es tanto un deber cristiano como una exigencia de la misma naturaleza social del hombre que se desarrolla como tal en apertura dialogal con el otro semejante. Es decir, el compromiso con los sufrientes lleva consigo replantearse la justa distribución de los bienes.

¹⁹ E.F. Schumacher, *Lo pequeño es hermoso*, Madrid 1984.

Podríamos comenzar diciendo que la lucha a favor de la igualdad, de la libertad y de la justicia tiene su origen en la experiencia de dominación y de desigualdades hirientes. La base de la justicia se encuentra en la experiencia histórica de explotación y de opresión. Se podría decir que hay exigencias de justicia porque hay víctimas que se reconocen a sí mismas o que son reconocidas por otros como tales víctimas. Sucede como en el campo bíblico y teológico: Dios es justo y salvador ante la situación de debilidad pecadora del hombre. Esta realidad le impulsa a encarnarse para ejercer su justicia.

El punto de partida de la ética solidaria es el grito, a veces sofocado otras ignorado de los sufrientes, de los oprimidos y excluidos. Así pues, como ocurre en la Sagrada Escritura, aceptar la interpelación que viene del sufrimiento exige ir más allá de la condescendencia paternalista tomando una figura encarnatoria²⁰. Nace aquí la respuesta ideal y el consejo evangélico de hacerse pobre para sacar de la pobreza y de la miseria al ser humano.

¿Cómo se genera la solidaridad compasiva con las víctimas? Siguiendo a Adorno²¹ vemos que no sólo se origina con la conciencia sino que se necesita la angustia real y el sentimiento de solidaridad con los sufrientes. En cuanto impulso moral, esta agitación espontánea tiene su manifestación en una urgencia y una impaciencia frente a la injusticia, que se resisten a un aplazamiento de la acción por motivos de racionalización o fundamentación. Hay problemas que están exigiendo una respuesta inmediata.

5. Actitud ante el sufrimiento

En el recodo de su interior, de la mano de Dios por el jardín maravilloso del universo, Job aprenderá de los misterios cotidianos de la creación a reconocer su puesto, sus límites, su ignorancia y el camino para vivir feliz. Aprende que el sentido del sufrimiento es el misterio de Dios mismo que no se encuentra en una solución doctrinal abstracta ni en una respuesta consolatoria. El dolor no se puede comprender en sí, sino que lo que importa es encontrar en el misterio de Dios que quiera salvar al hombre la razón para vivir también en el sufrimiento, sin desesperación y sin dimitir de su propio oficio de hombre. Al final (Job 42,5) Job se encuentra una definición de Dios sino la experiencia de un encuentro personal con Dios. Es la oración.

5.1 Capacidad de limitar el sufrimiento pero no suprimirlo(SS 37)

Podemos limitar el sufrimiento pero no suprimirlo. El hombre de hoy cae en el vacío porque quieren ahorrarse la fatiga de la verdad y del bien. “Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptación la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito” (SS 37). El Papa nos lo explica con el ejemplo de la vida del mártir vietnamita Le-Bao-Thin con su carta desde el infierno.

A través del sufrimiento Dios invita a la conversión. La intervención de Elihu en el libro de Job va orientada no tanto a buscar causas del sufrimiento cuanto a indicar los posibles beneficios que el hombre puede sacar del sufrimiento. El sufrimiento puede

²⁰ J. M. Pérez Charlín, “El desafío de la globalización”, en *Vida religiosa* 90 (2001) p. 18.

²¹ TH. W. Adorno, *Dialéctica Negativa*, Madrid 1973.

hacer que el hombre se cierre en sí mismo pero puede también ayudar a crecer y a madurar.

El ejemplo de esta actitud de crecimiento y de maduración del hombre es Cristo que bajó a los infiernos no huyendo del sufrimiento sino aceptando la tribulación y encontrando en ella un sentido salvífico. Desde que Cristo se encarnó y bajó a los infiernos podemos ver que la grandeza de la humanidad esta en la relación con el sufrimiento y con el que sufre (Cf. SS 38).

Se puede decir que Jesús no suprimió el sufrimiento pero si nos ayudó a entenderlo, a sumirlo, a madurar en él y a enfrentarnos a él. Él no pronunció discurso alguno sobre el dolor pero sufrió personalmente hasta la muerte en Cruz a pesar de ser inocente. El lenguaje de la Cruz es un escándalo y un enigma (I Cor 1, 18-23). A la vez es un acto de amor redentor. En esta alternativa de redención y enigma se moverá el dolor de sus discípulos. Este es el camino de limitación del sufrimiento ya que su supresión depende de la limitación intrínseca del ser humano inherente a su libertad.

5.2 Compartir el sufrimiento

Para conseguir la limitación del sufrimiento nos encontramos entre otros caminos con el de compartirlo: mediante la “consolatio”: compartir la soledad, la ‘consolatio’ o el “ser con en la soledad”. Lo mismo que Jesús no buscó el dolor, tampoco lo busca estoicamente el apóstol, como lo afirma en un texto citado anteriormente por Benedicto XVI: ‘Si hay que presumir, presumiré de mi debilidad’. Tanto nuestros sufrimientos como nuestros consuelos son de Cristo. El cristiano no sufre ni goza independientemente de Cristo y de los hermanos. Nosotros llevamos siempre en el cuerpo los sufrimientos de la muerte de Cristo para que la vida de Jesús se manifieste también en nosotros (2 Cor 4,10).

Asimismo, mediante el sufrimiento libre por amor, la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad. El amor frente al sufrimiento es la dimensión radical de la caridad. Pero la actitud de fondo ha de ser el caer en la cuenta que el extirpar por completo el sufrimiento no está en nuestras manos ya que no podemos desprendernos de nuestra limitación y no podemos eliminar el poder del mal con sólo nuestras fuerzas. El poder de la culpa permanece como una presencia terrible incluso para el futuro(SS 36).

Pero también el sí al amor es fuente de sufrimiento porque exige nuevas renunciaciones (la caridad radical como hacerse violencia a sí mismo). La caridad tiene un talante radical como aliento de una vida virtuosa vivida con exceso. Es decir, el término “caridad” es eminentemente religioso y, en su radicalidad, tiene una dimensión de entrega extrema y generosa. Quien ama y vive en caridad tiende a encontrarse a sí mismo en el amado sufriente. Estamos ante la dimensión mística de la caridad social.

La experiencia mística de esta dimensión de la vida de caridad se consigue haciéndose violencia consigo mismo y con los demás. Esta es la razón por la que algunos llaman a esta dimensión “carácter violento de la caridad social” y por tanto dimensión sufriente del amor. De esta concepción y dinamismo de la caridad nace el sentido y la fuerza teológica latente en las decisiones radicales del hombre cristiano, como es la opción a favor de la eliminación del dolor y del sufrimiento.

